

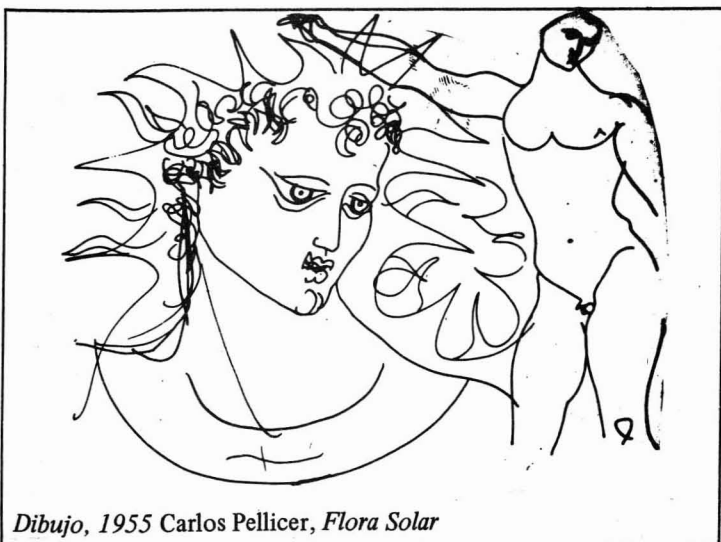
Eduardo
R. Blackaller

Elvira Gascón: intensidad creadora

Carpe Diem.
HORACIO

En oposición a muchas de las tendencias de la plástica contemporánea, donde la fractura del ser humano asume la figura artística de una desconexión entre las facultades perceptivas y los elementos que forman el lenguaje pictórico, y que históricamente se manifiesta como rechazo y pérdida del carácter social de la evaluación y la apropiación artísticas de la realidad, la obra de Elvira Gascón recobra el sentido de la integridad humana y se sustenta en una correlación natural entre la percepción y la captación visuales de la realidad y su conversión en comunicados plásticos —socialmente comprensibles— portadores de la apropiación artística del mundo; recobra también, paralelamente, el lazo que vincula de un modo unitario a la existencia individual con la colectiva, al hombre con el cosmos.

Creo que el rasgo general que define y preside la producción de esta artista, una serena —a veces regocijante— grandeza unida a un equilibrio vital que transfiere armonía y fuerza a la limpia línea de un dibujo o al complejo tratamiento de un cuadro de amplio despliegue o de un mural, deriva del reconocimiento de una estructura común al orden del cosmos y al orden humano; reconocimiento que restablece en el arte el antiguo y eternamente nuevo papel de instrumento para la orientación del hombre en el mundo y para la asimilación artística de su orden, de guía para la conducta y la apreciación de la sociedad, de verdadero medio espiritual de vida. Hace ya tiempo que algunas de las corrientes modernas del arte renunciaron a esa última aspiración que ha sido olvidada en aras de una espiritualidad vacía que se autosatisface en



Dibujo, 1955 Carlos Pellicer, *Flora Solar*

la invención estéril de repertorios “artísticos” carentes de conexión con la vida, de sentido social, y de significado. La rotura de la unidad espiritual del hombre y el abandono de una cosmovisión capaz de otorgar coherencia al ámbito estético han conducido al deterioro de las facultades perceptivas, deformadas por la vulgaridad de la publicidad, esa actividad que no posee ninguna función independiente y que agota su razón de ser en la manipulación y la persuasión colectivas al servicio de un consumo aberrante y obsesivo. La obra de arte, victimada con todo y su creador, ha perdido, en cierta medida, su trascendencia y durabilidad: un *desgaste moral* muy parecido al que sufren los equipos industriales se ha manifestado por primera vez en el objeto estético al subordinar este su prestigio social al *dictum* del mercado y de la publicidad. Elvira Gascón, igual que otros artistas singulares, se aleja de ese contexto delirante y toma las cosas desde abajo, desde la percepción fresca y comprensiva de la realidad, raíz de toda comunicación humana fecunda.

Desde que estudié —ha dicho la propia artista— *me cocí con dos calores, que son Picasso y los maestros de Picasso: Grecia. Es decir, Picasso y Picasso.*

La reiteración es pertinente. Maestro de una gran penetración perceptiva, reintegrador de universos artísticos, hombre de principios y de militancia política tan diáfana como su obra, Picasso tiene en común con los griegos la frescura de actitud, la virilidad



Muerte de Penthesilea (de un vaso griego) 1970

creadora y el respeto a la esencial pluralidad de sistemas culturales. Al tender un hilo entre Grecia y Picasso, Elvira Gascón intersecta en el presente, el pasado y el futuro del arte. Une en el tiempo artístico lo estable y recurrente del hombre. Porque la sociedad griega, que en su mejor momento fue una asociación libre de productores, apoyaba la unidad espiritual de sus miembros —según el penetrante análisis de Marx—, en una concepción en la que el hombre aparece como el fin de la producción, a diferencia del capitalismo en que la producción se manifiesta como el fin del hombre y la riqueza como el fin de la producción. Por eso, si algo hay que rescatar de Grecia entre el amontonamiento de datos acumulados por los helenistas, antes que los pormenores insubstanciales es aquel enfoque de la vida que su-

bordina la producción y la cultura al desarrollo de la personalidad humana. Subordinar el arte al florecimiento ubérrimo del hombre es una característica invariante que recorre la obra de Elvira Gascón, una pintura que celebra y consagra a la vida.

En 1972 la editorial *siglo veintiuno* publicó, bajo el título *100 dibujos de Elvira Gascón*, una muestra de la obra gráfica de esta pintora que incluye textos de Ceferino Palencia, Paul Westheim y Juan Rulfo y, además, dos sonetos luminosos de Rubén Bonifaz Nuño y de Carlos Pellicer: la claridad de los poemas es asombrosamente isomórfica con la lucidez de los dibujos: un modelo ejemplar de simetría entre la nominación plástica y poética del mundo:

Como el rostro del aire cuando gira
establece la luz; como la helada
el agua móvil de la madrugada,
funda las cosas tu dibujo, Elvira. . .

Y las llamas, el mar, la tierra, el cielo,
existen, limitados por el vuelo
de la línea que come de tu mano.

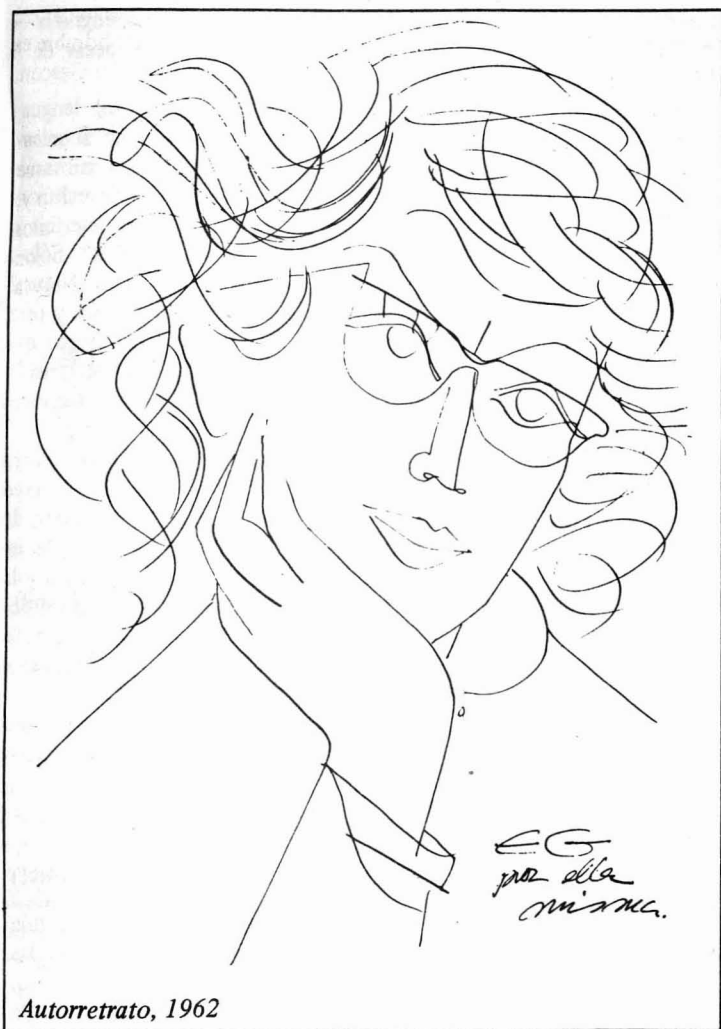
Rubén Bonifaz Nuño (1969)

Hablar a toda línea, en todo instante
la línea que en tus manos se fabrica.
Humo de sencillez claro complica
tu línea, prodigioso navegante.

Sólo con la mirada de tu mano
puede la línea ser y estar, señora
de un aéreo lineal tibio y humano.

Carlos Pellicer (1964)

Los 100 dibujos publicados por *Siglo XXI* son algo más que una muestra gráfica, son, si prescindimos del paisaje, un resumen de las tendencias que presenta la pintura de Elvira Gascón. En efecto, aunque a todos ellos los preside la misma impresión de fuerza, la misma belleza de un lenguaje claro y directo, a la vez revelan, en su despliegue, la temática y las fuentes en que reincide la renovada inspiración de la artista: Grecia y otras culturas antiguas; la comunión del hombre y la mujer: el erotismo como consagración y triunfo de los ritmos vitales, el esplendor de las bestias, la poesía, la majestad del cuerpo humano, los rostros incontaminados del pueblo (*yo, doncella mexicana*, 1962,); la ira contenida (*¡Dios!*, 1968). . . En estas obras, debajo de la espontaneidad de la línea subyace un profundo conocimiento de la vida y del arte y una maestría técnica poderosa, deliberadamente oculta por Elvira Gascón. Este hecho se pone de relieve, sobre todo, en los dibujos ligados a modelos antiguos. Ya Ceferino Palencia había advertido que en la pintura de Elvira Gascón *lo antiguo se torna fundamen-*



ya un texto de la *Iliada*, del *Cantar de los Cantares* o de un poema de Octavio Paz.

La reflexión del artista sobre su propia actividad creadora es un rasgo distintivo del arte contemporáneo y uno de los problemas más complejos que plantea la decodificación de los lenguajes artísticos modernos. Elvira Gascón, que realiza una pintura de la pintura a partir de la gráfica consagrada, que aborda la renovación del lenguaje a partir de repertorios de significados que proceden de la poesía, salva el peligro de caer en la decoración —tan presente en nuestros días en los artistas que confunden la renovación con la combinatoria de significantes vacíos—, remonta a la anécdota intrascendente y llega a una realidad artística concentrada, realidad en que la superposición de planos históricos y de contenido preña a la pintura de una insólita fuerza evocadora.

Desde el mirador de nuestro tiempo, Elvira Gascón rescata el contenido del arte antiguo, *transvasa* el significado de objetos culturales del pasado y lo transfigura con los recursos de un lenguaje plástico moderno. En rigor, este método lo aplica también a la poesía contemporánea o en las obras cuyo objeto es arrancado de la profundidad de la historia —sobre todo en las que parten de la propia pintura—, se produce un doble enfrentamiento con la realidad: por una parte, la traducción plástica del contenido da nueva vigencia histórica a remotos hábitos perceptivos, a otras formas de aprehensión del tiempo y del espacio, a diferentes integraciones de las facultades intelectuales revitalizadas por las inquietudes de hoy. Por otra parte, al hacer de la pintura una actividad metaplástica, al renombrar lo ya artísticamente nombrado, el dibujo de Elvira es doblemente fresco y luminoso, gracias a la tensión expresiva que palpita en la línea. Es este rasgo profundo el que pulsa en los poemas de Pellicer y Bonifaz Nuño. Lo original en la gráfica de Elvira deriva de una articulación dinámica y gestual de la línea. No la articulación anatómica, sino la que fulgura en el movimiento, no la dura articulación de la naturaleza, sino la fugaz, la que la percepción visual concede a las cosas aún en reposo, el reposo como instante en el flujo continuo de la realidad. Así, en unas cuantas líneas puede revelarse la obra definitiva, única, absoluta, poderosa, eterna y vivificante premisa y producto de la intensidad creadora, condición del progreso artístico-social y herramienta para reintegrar al hombre el sentido de totalidad.*

La realización de cada dibujo, de cada esmalte, de cada cuadro, de cada mural, no como un acto aislado, autosuficiente dentro de sus límites cerrados, sino como una parte coherente con un todo definido, con un universo plástico moral y artísticamente pertinente, transfiere a la pintura de Elvira Gascón la plenitud de la obra maestra. Por eso, porque este arte se despliega como una apropiación universal progresiva de las fuerzas y potencias esenciales del hombre, cobra sentido no como un acto de protesta, sino como un acto de celebración.

tal, esencialmente moderno. Y como no se puede afirmar que esos dibujos tengan el carácter de una ilustración en cuya vigencia artística Elvira fuese una variante más de las posibilidades abiertas por los clásicos o por la poesía, hay que buscar su sentido actual en un estrato más hondo de la actividad creadora. De entrada hay que decir que el propio trabajo de Elvira Gascón impide un enfoque superficial. En realidad, estamos ante una artista que hace de la actividad meta-pictórica uno de los principales instrumentos para abordar la realidad, aunque en muchos casos, tanto la percepción visual como la asimilación plástica del mundo se muestran contaminadas por el objeto de la creación que puede ser, ya un dibujo de un vaso antiguo, de un relieve o de una moneda,

* Entre los antiguos la religión mantenía la unidad espiritual de la sociedad. A partir del esclavismo, la influencia social de la religión entró en un proceso de decadencia que está culminando en nuestros días. Hoy, sólo el marxismo, que da a la primigenia naturalidad del conocimiento una base social, la clase obrera, ofrece una concepción que restaura el sentido de totalidad, de simetría entre la práctica y la teoría, en el orden humano y el del cosmos. El carácter dialéctico de ambas estructuras unifica lo general y lo particular como, tardíamente, reconoce la ciencia actual.